CAPÍTULO XXII.

La borrachera.

Cade.—¿Dónde está Ricardo, el carnicero de Ashford?
Dick.—Presente, señor.
Cade.—Cayeron á tus piés como vacas y carneros: vamos, te portaste como si te hallaras en el mismo matadero.

SHAKSPEARE.—*Segunda parte de Enrique VI,* acto IV.

Difícil sería imaginarse una mudanza más extraordinaria y horrible que la que se realizara en el gran salón del castillo de Schonwaldt desde la víspera del día en que Quintín había comido en él: era un cuadro que ofrecía todo lo más espantoso de las miserias de la guerra, y de una guerra hecha por los más feroces agentes, los soldados mercenarios de un siglo bárbaro, hombres que por hábito y profesión se familiarizaran con todo lo que su oficio presenta de más cruel y sanguinario, sin albergar una sola chispa de patriotismo, ni distinguirse con un débil rasgo del espíritu romántico de la caballería, virtudes que en aquella época pertenecían, la primera á los animosos plebeyos que combatían por la defensa de su nación, y la segunda á los nobles esforzados que tomaban las armas en nombre del honor y de las damas.

En vez de presentarse á su vista, como pocas horas antes, funcionarios civiles y eclesiásticos, comiendo tranquila y decentemente, sometiéndose á una especie de ceremonial tan rígido que, por no faltar á él, nadie se aventuraba á gastar una

chanza en alta voz, y donde á pesar de la abundancia de las botellas y el regalo de la mesa reinaba un decoro que casi degenerara en hipocresía; aquel salón ofrecía ahora una escena de desenfrenada y tumultuosa confusión á que Satanás mismo, si la presidiese, no supiera cómo añadir un exceso.

En el testero de la mesa, en el trono del obispo, que se habían apresurado á traer de la sala del Consejo, veíase sentado el formidable Jabalí de las Ardenas, dignísimo de este nombre temible, que consideraba como ilustre y procuraba justificar por todos los medios posibles. Tenía descubierta la cabeza, pero llevaba puesta su maciza y brillante armadura que se quitaba muy pocas veces. Notábase en sus espaldas una especie de manto hecho de la piel de un gran jabalí con los cascos de los piés y los colmillos de plata. El pellejo de la cabeza estaba dispuesto de modo que, colocado sobre su capacete cuando armado, ó sobre su cabeza desnuda en forma de capucho, cual se le veía en aquel momento, confundíale con el aspecto del ceñudo y espantoso monstruo; y no porque la fisonomía que sombreara tuviese gran necesidad de ello para aumentar los naturales horrores de su expresión sanguinaria.

La parte superior del rostro de Guillermo de la Marck, tal como le formara la naturaleza, casi desmentía su carácter, pues aunque sus cabellos, cuando estaba descubierto, se parecían á las recias y durísimas cerdas de su capucho, sin embargo, alta y despejada frente, llenas y animadas mejillas, rasgados y chispeantes ojos de un color castaño claro, y una nariz corva de pico de águila, indicaban algo de valor y generosidad. Con todo, la feliz expresión de estas facciones destruíase enteramente por el hábito de violencia y desvergüenza, que unidas á su destemplanza y excesos, infundíales carácter muy distinto de la tosca galantería que hubieran podido anunciar. La cólera, á que se entregaba con frecuencia, había hinchado los músculos de sus mejillas y en especial los que circuyen los órganos de la vista; al paso que la borrachera y el libertinaje adormecieran el fuego de sus ojos y tiñeran de color sanguíneo la parte que en ellos es naturalmente blanca: lo que daba á todo su rostro una semejanza espantosa con el monstruo de quien el terrible barón se complacía en llevar el nombre. Pero por una especie de contradicción bastante extraordinaria, De la Marck, al paso que

procuraba por todos respectos darse el aire de un jabalí, á quien gustaba tanto parecerse, esforzábase con la longitud y espesura de su barba en ocultar la deformidad natural que en los principios le valiera este apodo. En efecto, la extraordinaria magnitud de su quijada superior que sobresalía mucho de la inferior y unos largos dientes que se le escapaban de la boca por ambos lados, semejantes á los colmillos de aquel animal feroz, fueron causa de que se le llamara mucho tiempo antes el Jabalí de las Ardenas, porque á dichas circunstancias agregábase la de la gran pasión por la caza, á que solía dedicarse en la selva de aquel nombre. Su enorme, crespa y mal peinada barba no disminuía el horror que naturalmente inspiraba su fisonomía, ni llegaba siquiera á moderar su expresión brutal, infundiéndole cierta dignidad.

Los oficiales y soldados del barón estaban sentados indistintamente al rededor de la mesa, confundidos con varios habitantes de Lieja, algunos de los cuales pertenecían á la más ínfima clase. Veíase entre ellos á Nickel Blok el cortante, sentado al lado de De la Marck, con los brazos teñidos de sangre y arremangados hasta el codo, y con una gran cuchilla ensangrentada puesta delante de él encima la mesa. La mayor parte de los soldados llevaban, á imitación de su jefe, larga y erizada barba y los cabellos encrespados y compuestos de modo que aumentaran todavía su natural ferocidad. Ebrios como parecían estar casi todos, tanto por la alegría de la victoria como por la cantidad de vino que se echaran al coleto, ofrecían tan horrible como repugnante espectáculo. Toda su conversación era un tejido de blasfemias y tan licenciosas las coplas que cantaban, sin que el uno tuviese la complacencia de escuchar la del otro, que Quintín dió gracias al cielo de que el tumulto que reinaba en la sala impidiese á su compañera comprender su sentido.

Sólo nos resta decir que el rostro pálido y aire inquieto de la clase más escogida de artesanos liejenses que estaban reunidos en esta infame borrachera con los soldados de Guillermo de la Marck, indicaban tanto disgusto del festín como temor de sus compañeros. Por el contrario, algunos vecinos de la clase inferior, sin educación ó de más brutal carácter, veían únicamente en los excesos de la soldadesca un ardor guerrero que deseaban imitar y á cuyo nivel procu-

raban ponerse bebiendo sendos vasos de vino y de *schwarzbier*, vicio que, por desgracia, en todos tiempos ha sido muy común en los Países-bajos.

Tan poco cuidado se había puesto en la simetría de la mesa como en la admisión de los convidados; brillaban por doquiera la vajilla de plata del obispo y hasta los cálices y demás vasos sagrados, pues al Jabalí de las Ardenas se le daba tres pitos de que le acusasen de sacrílego; y estos objetos preciosos estaban mezclados con cántaros de barro, jarros de estaño y vasos de cuerno de la más ínfima calidad.

Sólo haremos mención de una circunstancia horrible de que debemos dar cuenta, y abandonaremos gustosos el resto de la escena á la imaginación de nuestros lectores. En medio de la licencia y desenfreno que se permitían los soldados de Guillermo de la Marck, un lansquenete, que se distinguiera mucho por su valor y audacia durante el ataque del castillo, no habiendo hallado lugar para sentarse á la mesa, cogió descaradamente un gran vaso de plata, y llevándoselo dijo que así se indemnizaba de no haber podido participar del festín. Un rasgo tan conforme con el espíritu de aquella tropa, hizo casi reventar de risa á su jefe: pero cuando otro soldado que no gozaba de igual reputación de valiente quiso tomarse la misma libertad, De la Marck puso término á una bufonada que pronto hubiera despojado la mesa de cuanto más precioso contenía.

—¡Por el espíritu del trueno!—exclamó:—los que no se atreven á portarse como hombres en presencia del enemigo, tienen la osadía de querer representar el papel de ladrones entre sus compañeros!... ¡Cómo!... ¡cobarde bribón!... tú, que para entrar en el castillo aguardaste que la puerta estuviese abierta y echado el puente levadizo, mientras Conrado Horot atravesaba el foso y escalaba vigorosamente los muros, ¿tú eres capaz de mostrar modales tan infames?—Que le ahorquen en uno de los barrotes de hierro de la ventana. Así llevará con los piés el compás, mientras nosotros brindaremos por la feliz llegada de su alma á los infiernos.

Esta sentencia fué casi tan prontamente ejecutada como pronunciada; y un momento después, el infeliz, colgado de una barra de hierro, hallábase en las últimas convulsiones de

la agonía. Cuando Pavillón entró en la sala con sus compañeros, no habían quitado aún el cadáver; de suerte que interceptando la pálida claridad de la luna, presentábase en el suelo una sombra, cuya incierta forma hacía adivinar de una manera vaga el horroroso objeto que la producía.

El burgomaestre Pavillón, en tanto que su nombre pasaba de boca en boca en aquella tumultuosa asamblea, procuraba afectar el aire de importancia y serenidad que convenían á su autoridad é influencia, pero que la escena que se ofrecía á su vista, y sobre todo la presencia del horrible objeto colgado de uno de los barrotes de hierro de la ventana, le hacían algo difícil sostener, á pesar de las exhortaciones de Peterkin, que le decía al oído, no sin experimentar él mismo alguna perturbación: — Ánimo, ánimo, ó estamos perdidos.

El síndico sostuvo tan bien como pudo su dignidad por medio de un breve discurso en que felicitó á la compañía por la señalada victoria que acababan de alcanzar los soldados de Guillermo de la Marck y los buenos ciudadanos de Lieja.

— Sí — respondió De la Marck con sarcástico tono — hemos reducido la fiera al último apuro, como decía el falderillo al podenco. Pero, ¡oh! ¡oh! señor burgomaestre, llegáis aquí como el dios Marte, llevando á Citerea á su lado. ¿Quién es esa hermosa del velo? — Que se descubra, que se descubra. — No habrá buena moza que pueda decir esta noche: «Este palmito es mío.»

— Es mi hija, ilustre caudillo — respondió Pavillón — y yo os suplico que le permitáis conservar su velo, porque es un voto que ha hecho á los tres santos Reyes de Colonia.

— Yo se lo dispensaré dentro de poco — contestó De la Marck — pues voy á consagrarme obispo de Lieja al golpe de una cuchilla; y me persuado que un obispo vivo vale por tres reyes muertos.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando se levantó sordo murmullo, pues los habitantes de Lieja tenían gran veneración á los Reyes de Colonia, como comunmente les llamaban, y entre los feroces soldados del Jabalí de las Ardenas no dejaba de haber algunos que les tributaban un respeto que á ningún viviente concedían.

— No es mi ánimo agraviar á sus difuntas majestades — añadió De la Marck — digo solamente que estoy determinado

á hacerme obispo. Un príncipe á la vez seglar y eclesiástico, que tenga poder para atar y desatar, será el más apto para una caterva de réprobos como vosotros, á quienes no habría otro alguno que quisiera absolver. — Pasad adelante, noble burgomaestre; sentaos á mi lado; váis á ver con qué donaire sé yo dejar una sede vacante. Que traigan aquí á nuestro predecesor en la dignidad episcopal.

Hízose en la sala un movimiento para franquear el paso al síndico de Lieja; pero Pavillón, excusándose de aceptar el preferente lugar que se le ofrecía, fué á colocarse en la parte inferior de la mesa, contándole su acompañamiento las pisadas, como se ve algunas veces, cuando un perro forastero se introduce en medio de un rebaño de carneros, estos se reunen á retaguardia del viejo morueco, pues acostumbrados á considerarle como á su cabeza y guía, le juzgan dotado de valor algo superior al suyo. Cerca de allí estaba sentado un gallardo mozo, hijo natural, según se decía, del feroz De la Marck, por quien mostraba alguna vez este jefe afecto y aun cariño. Su madre, hermosa manceba de aquel monstruo, murió de una patada que le diera en uno de sus arrebatos de embriaguez ó de celos; y este crimen había despertado en el corazón del tirano todos los remordimientos de que era capaz; tal vez esta misma circunstancia dió motivo á que cobrase algún interés por su hijo. Quintín, que había adquirido todas estas noticias del anciano limosnero del obispo, colocóse lo más cerca posible del joven de que hablamos, determinado á tomarle por prenda de seguridad ó por protector, si se le frustraba todo otro medio de salvación.

Mientras todos estaban en expectación para ver lo que resultaría de la orden que el tirano acababa de dar, un hombre de los del séquito de Pavillón dijo á Peterkin:

— ¿No ha asegurado nuestro amo que esta muchacha es su hija?... Imposible que sea Trudchen. Esa bribonzuela le lleva á lo menos dos pulgadas, y veo que por debajo del velo le sale una trenza de cabello negro. ¡Por San Miguel de la plaza del Mercado! tanto valdría decir que el cuero del becerro negro ha pertenecido á una ternera blanca.

— ¡Chitón, chitón! — dijo Peterkin con alguna presencia de ánimo. — ¿Sabes tú si nuestro amo desea robar alguna tierna corcilla del parque, sin que su señora parienta sepa una pala-

bra? No nos corresponde á ti ni á mí el ir espiando su conducta.

— Muy lejos de esto — replicó el otro — solamente digo que nunca hubiera creído que á su edad le entrase el capricho de robar una corza de esta naturaleza. *¡Sauperment!* ¡y qué fina pieza! Mira cómo se deja caer en aquel asiento detrás de los otros para que no la vea la gente del Jabalí; ¡pero, chico! vamos á ver lo que hará de ese pobre viejo del obispo.

En este instante, brutal soldadesca conducía ó mas bien arrastraba al obispo de Lieja, Luís de Borbón, cautivo en su propio palacio. Su cabello, su barba y sus vestidos desaliñados probaban los malos tratamientos que ya sufriera. Hasta le habían puesto con precipitación algunas de sus insignias sacerdotales, probablemente como irrisión de su sagrado carácter y calidad. Por un favor especial de la suerte, como Quintín no pudo menos de imaginar, la condesa Isabel, cuya sensibilidad, viendo reducido á tal extremo al prelado su protector, hubiera podido vender su secreto y comprometer su seguridad, hallábase colocada de modo que no podía ver ni comprender lo que iba á pasar; y el precavido joven tuvo siempre gran cuidado de ponerse delante de ella, á fin de que nada pudiese observar, ni llegase á ser objeto de las observaciones de los demás.

La escena que se representó en seguida fué corta, pero espantosa. Cuando el infeliz prelado se vió en presencia de aquel salvaje caudillo, aunque durante toda su vida se distinguiera tan sólo por su dulce y bondadoso carácter, ostentó en aquel crítico momento toda la nobleza y dignidad que convenía á su elevada clase. Cuando las indignas manos que le arrastraban dejaron de profanarle con su tacto impuro, notóse en él un mirar tranquilo y firme, un ademán imponente y resignado, y una expresión que le hacía guardar un término medio entre un príncipe de la tierra y un mártir cristiano. El feroz De la Marck no pudo, al presentársele, dejar de sentir el influjo de la heróica presencia de ánimo de su prisionero; y acaso la memoria de los beneficios que de él recibiera, contribuyó á infundirle cierta irresolución y á hacerle bajar los ojos. Sólo después de haber apurado un gran vaso de vino recobró su altivo é imponente aspecto. Fijando entonces la vista en el desgraciado cautivo, con fatigosa respiración, rechinando los

dientes, extendiendo hacia él sus apretados puños, y adoptando todos los gestos que podían excitar y sostener su ferocidad natural le dijo:

— Luís de Borbón, yo te ofrecí mi amistad; tú la despreciaste. ¿Qué no darías ahora por haber observado diferente conducta? Nickel, prepárate ya.

El carnicero se levantó; cogió su cuchilla ensangrentada, y alzando su nervudo brazo, fué á colocarse detrás del tirano, pronto á ejecutar sus órdenes.

— Mira á ese hombre, Luís de Borbón — dijo De la Marck — y veamos lo que tienes que ofrecerme para salvar tu cabeza.

El obispo dirigió una melancólica pero firme mirada al horrible satélite, cuya actitud daba á entender que sólo aguardaba una seña para ejecutar la voluntad del déspota; y respondió sin dar muestras de haberse inmutado:

— Oye, Guillermo de la Marck, y vosotros todos, hombres de bien, si hay alguno aquí que merezca este nombre, oíd lo único que tengo que ofrecer á ese malvado. ¡Guillermo de la Marck! tú has insurreccionado una ciudad imperial; has tomado por asalto el palacio de un príncipe del sacro Imperio germánico; has asesinado á sus vasallos, robado sus tesoros, y maltratado su persona. Has merecido por todos estos delitos

ser desterrado del imperio, declarado fugitivo y proscrito, y privado de tus derechos y haciendas. Has hecho más todavía, más que violar las leyes humanas, más que merecer la venganza de los hombres: te has atrevido á entrar en la casa del Señor, á atropellar á un padre de la Iglesia, á profanar el santuario del Señor con sangre y rapiña, como un sacrílego bandido...

—¿Acabaste ya?—exclamó De la Marck interrumpiéndole y dando furiosa patada.

—No—respondió el prelado—pues no te he dicho todavía lo que tengo que ofrecerte.

—Prosigue, pues—contestó el Jabalí de las Ardenas—y ¡ay de tu cabeza cana, si el epílogo de tu sermón no me gusta más que el exordio!

Diciendo esto, se hundió en su silla, apretando los dientes de cólera, hasta que de sus labios brotó la espuma, como de los colmillos del animal cuyo nombre y despojos llevaba.

—He aquí cuáles son tus crímenes—continuó el obispo con el mismo tono de serena determinación—ahora escucha lo que me digno ofrecerte, como príncipe compasivo, como cristiano prelado, olvidando toda personal ofensa y perdonando cualquiera particular injuria. Arroja tu bastón de mando, renuncia tu autoridad, suelta los prisioneros, devuelve el botín que has hecho, distribuye todo lo que posees á los huérfanos cuyos padres asesinaste, á las viudas que privaste de sus maridos; toma un sayal de penitente, cúbrete la cabeza de ceniza, coge un bordón, y vete peregrinando á Roma. Yo mismo solicitaré de la Cámara Imperial de Ratisbona el perdón de tus delitos, y de nuestro Santo Padre la absolución de tus pecados.

Mientras que Luís de Borbón proponía estas condiciones con tono tan resuelto como si se hallase sentado en su trono episcopal y viese al usurpador prosternado á sus plantas pidiendo perdón, levantóse el tirano lentamente, aumentándose por grados su furor á proporción de la sorpresa que le iba causando semejante heroísmo; y por fin, cuando el prelado dejó de hablar, fijó Guillermo una mirada en Nickel Blok, y levantó un dedo sin desplegar los labios. En el mismo instante el malvado descargó el golpe, como si ejerciera su oficio en el matadero, y el obispo asesinado cayó sin lanzar un solo gemido al pié de su trono episcopal (1).

Los liejenses, que no aguardaban esta horrible catástrofe, y que creían por el contrario se terminaría la conferencia con algún convenio amistoso, hicieron un movimiento unánime de horror y prorumpieron en gritos de execración y alaridos de venganza; pero la voz de trueno de Guillermo de la Marck sofocó todas las del tumulto. Cerrado el puño y extendido el brazo gritó:

—¡Qué es esto, viles marranos de Lieja! ¿Vosotros que os revolcáis en el cieno del Mosa, osaríais probar vuestras fuerzas con el Jabalí de las Ardenas? Hola, jabatos míos, pues este era el nombre que él mismo y otros daban frecuentemente á sus soldados, enseñad vuestros colmillos á esos cerdos flamencos.

Todos sus soldados se levantaron á una; y como estaban confundidos con sus ex-aliados, que no esperaban un ataque de esta naturaleza, cada uno de ellos en un abrir y cerrar de ojos asió del cuello al liejense más inmediato, mientras que su mano derecha tenía levantado un ancho puñal, cuya hoja brillaba á la luz de las bujías y de la luna. Todos estaban en actitud de herir, pero nadie descargaba el golpe. Grande fué la sorpresa de los liejenses para que pudiesen pensar en defenderse; y acaso De la Marck sólo se proponía sembrar el terror en el corazón de sus cívicos confederados.

Pero el valor, la presencia de ánimo, y la resolución de Quintín Durward, que poseía estas cualidades en un grado casi incompatible con su edad, y que al mismo tiempo se hallaba estimulado en aquel instante por todo lo que era capaz de exaltar su energía, cambió con una sola acción todo el aspecto de la escena. Imitando á los soldados de De la Marck, precipitóse sobre Karl Eberson, hijo de aquel caudillo, sujetóle fácilmente, y apuntándole un puñal á la garganta, dijo en alta voz:

—¿Á ese juego jugamos? En este caso, aquí estoy yo.

—¡Deteneos! ¡deteneos!—gritó De la Marck;—esto no es más que una chanza. ¿Podríais presumir que yo quisiese ha-

(1) Véase nota *L. Asesinato del obispo de Lieja.*

cer daño á mis buenos amigos y aliados de la ciudad de Lieja? Soldados, bajad las armas y sentaos. Quitad de ahí ese cadáver—añadió empujando con el pié el cuerpo del Obispo—que ha sido la causa de esta riña entre amigos, y aneguemos el resentimiento en nuevas oleadas de vino.

Todos obedecieron, soltando los soldados á los liejenses, y unos á otros se miraban como ignorando si debían considerarse como amigos ó enemigos. Quintín Durward aprovechó este momento.

—Guillermo de la Marck—dijo—y vosotros, ciudadanos y habitantes de Lieja, escuchadme: Vos, joven, estaos quieto, (pues Karl procuraba escurrírsele): no os sucederá ningún mal, á menos que se repita alguna de esas chanzas pesadas.

—Por Satanás, dime quién eres—exclamó de la Marck sumamente admirado—tú que te atreves á coger rehenes en mi presencia, y á imponerme condiciones á mí que las prescribo á los demás y no las tolero de nadie.

—Soy un servidor de Luís, rey de Francia—respondió resueltamente Quintín—uno de los arqueros de su guardia escocesa, como mi hablar y en parte mi traje puede acreditároslo. Me hallo aquí por orden suya, para ser testigo de cuánto ocurra y participárselo; y veo con asombro que tu conducta es más bien la de un hereje que la de un cristiano, más propia de un insensato que de un hombre dotado de sano juicio. El ejército de Carlos de Borgoña va á ponerse en marcha inmediatamente contra ti; y si deseas alcanzar socorros de Francia, fuerza es que te moderes. En cuanto á vosotros, habitantes de Lieja, yo os invito á que volváis en seguida á la ciudad, y si alguien se opone á vuestra marcha, le declaro desde ahora enemigo de mi señor, su Majestad Cristianísima el rey de Francia.

—¡Francia y Lieja! ¡Francia y Lieja!—gritaron los curtidores que formaban la guardia de honor de Pavillón, y otros paisanos cuyo valor empezaba á reanimar la audacia de Quintín. ¡Francia y Lieja! ¡viva el valiente arquero! Viviremos y moriremos con él.

Los ojos de Guillermo de la Marck centelleaban de cólera, y puso mano á su puñal como si quisiera lanzarle y traspasar el corazón del atrevido arquero; pero paseando la vista en derredor suyo, leyó en las miradas de sus mismos soldados un

cierto no sé qué, que le infundió moderación. Eran muchos de ellos franceses, y nadie ignoraba los socorros secretos que en gente y dinero su jefe recibía del reino de Francia, y aun no faltara quien estaba horrorizado del sacrílego asesinato que acababa de cometerse. El nombre y reputación de Carlos de Borgoña, príncipe que no dejaría de concebir el mayor horror por los acontecimientos de aquella noche, la imprudencia de armar zambra con los liejenses, la locura de provocar el enojo del rey de Francia, todas estas ideas hacían vivísima impresión en su entendimiento, aunque no le tuviese entonces muy despejado. En una palabra, conoció De la Marck que si se entregaba á algún nuevo acto de violencia, peligraba de no ser sostenido ni aun por su propia tropa.

Por lo tanto, desarrugando su frente y suavizando la expresión de sus inflamados ojos, que tanto terror infundían, declaró que no llevaba malas intenciones contra sus buenos amigos de Lieja, y que podían salir de Schonwaldt cuando les diese la gana; aunque había confiado que pasarían juntos la noche, celebrando la victoria con públicos regocijos. Añadió con un sosiego que le era poco familiar, que estaría pronto á entrar en negociación con ellos para el reparto del botín, y á acordar las medidas necesarias para la defensa común, ya fuese el día siguiente ó el que mejor les pareciere. En cuanto al joven arquero de la guardia escocesa, se lisonjeaba de que le haría el honor de pasar la noche en Schonwaldt.

Agradecióselo Quintín, pero añadió que todas sus operaciones debían determinarse por las del señor Pavillón, con quien tenía orden particular de estar íntimamente unido: sin embargo, no dejaría de acompañarle la primera vez que tendría el honor de visitar al esforzado Guillermo de la Marck.

—Si vuestras acciones han de regularse por las mías—dijo apresuradamente Pavillón—es probable que no tardaréis un minuto en salir de Schonwaldt; y si no volvéis á poner los piés aquí sin mi compañía, juzgo que tardaréis algún tiempo en venir.

El honrado ciudadano pronunció entre dientes la última parte de esta frase, como si temiese las consecuencias de que se hiciera pública la expresión de un sentimiento, que por otra parte le era imposible disimular.

—Seguidme bien arrimados á mi lado, valientes curtidores

míos — dijo en voz baja á sus guardias de corps — y salgamos lo más pronto posible de esta caverna de asesinos.

La mayor parte de los liejenses, á lo menos los que no eran de la clase más vil, abrazaban en esta parte la opinión del síndico; y tuvieron menor alegría cuando entraron triunfantes en Schonwaldt, de la que experimentaban ahora que podían esperanzar salir con el pellejo. Nadie puso obstáculos á su partida, y ya se deja considerar el contento y satisfacción de Quintín cuando se vió fuera de aquellas formidables murallas.

Por la primera vez, desde que entraron en la funesta sala donde se ejecutó el abominable asesinato, atrevióse á dirigir la palabra á la condesita, preguntándole cómo estaba.

— Bien, bien — respondió con el laconismo de una persona que está sufriendo un acceso de calentura — perfectamente bien... No os detengáis en hacerme una sola pregunta; aprovechemos los instantes... Huyamos... huyamos.

Diciendo esto, esforzábase en acelerar el paso; pero se veía tan lejos de conseguirlo, que hubiera caído extenuada á no sostenerla Quintín. Con la ternura de una madre que desea poner á su hijo fuera de peligro, tomóla en brazos para llevarla, y cuando ella le echó el suyo alrededor del cuello, no teniendo otra idea que el deseo de salvarse, no hubiera querido el joven dejar de correr un peligro menos en aquella noche, ya que debía ser este su resultado.

El buen burgomaestre, por su parte, iba sostenido y casi arrastrado por su fiel consejero Peterkin y otro de sus operarios. Así llegaron todos sumamente fatigados á las orillas del río, habiendo encontrado por el camino muchas cuadrillas de vecinos de Lieja, que deseaban saber noticias de Schonwaldt, y preguntaban si era verdad, como empezara á correr la voz, que se había suscitado una reyerta entre los vencedores.

Deshaciéndose de estos curiosos importunos del mejor modo que pudieron, lograron, finalmente, gracias á Peterkin y á algunos compañeros suyos, proporcionarse un esquife, y disfrutar por este medio de un descanso que necesitaban, especialmente Isabel que continuaba casi sin movimiento en brazos de su libertador, y el digno burgomaestre que, después de haber dado con bastantes altos é interrupciones las gracias á Durward, cuya atención estaba en aquel instante demasiado

ocupada para poder contestarle, empezó dilatada arenga dirigida á Peterkin por el valor de que diera muestras, la beneficencia con que se distinguiera, y los infinitos riesgos á que le habían expuesto estas dos virtudes tanto en la presente ocasión como en otras muchas.

— Peterkin — le dijo continuando el mismo tema de la noche — si fuese menos alentado de lo que soy, no me hubiera opuesto á que los vecinos de Lieja pagasen el veinte por ciento, cuando todos los demás se habían ya conformado. Y luégo, si mi corazón hubiese sido menos intrépido no me guiara á esa batalla de Saint-Tron, donde un guerrero del Henao me derribó de una lanzada en una zanja de lodo, de donde ni mi valentía ni mis esfuerzos pudieron arrancarme hasta el fin de la batalla. ¿No fué mi valor también el que me excitó esta noche misma á ponerme un coselete harto estrecho que me hubiera ahogado á no ser por el auxilio de ese valiente joven, que no tiene mayor gusto que cuando puede pelear? ¡Dios se lo conserve! ¿Y qué diremos de mi bondad de corazón, Peterkin? Ella me ha empobrecido... es decir, me hubiera empobrecido, por poco más que descuidara la seguridad de los bienes de este mundo perecedero; y Dios sabe en qué apuros puedo encontrarme todavía con esas damas, esas condesas y esos secretos que guardar. Todo esto puede costarme la mitad de mi fortuna, amén del pescuezo.

Quintín no pudo conservar por más tiempo el silencio, y le protestó que si corriera algún peligro ó sufriese alguna pérdida á causa de la señorita que estaba entonces bajo su protección, ella se apresuraría á indemnizarle, tanto con su gratitud como con el dinero que fuese necesario.

— Muchas gracias, señor arquero, muchas gracias — respondió el liejense — ¿quién os ha dicho que yo pida indemnizaciones para cumplir con el deber de un hombre de bien? Sentiría que pudiese costarme alguna cosa de un modo ó de otro; y creo que me es permitido tener esta conversación con mi teniente, sin achacar á nadie las pérdidas y los peligros que pueda correr.

Quintín dedujo de este modo de expresarse, que el síndico, su amigo, era del número de aquellos que, murmurando y regañando, se recompensan ellos mismos de los servicios que prestan á los demás, y cuyo único objeto, lamentándose

así, es dar más brillante idea de su conducta. Guardó, pues, prudente silencio, y permitió al burgomaestre extenderse á su gusto sobre las pérdidas y los peligros á que se había expuesto y se exponía aún en este instante á causa de su celo por el bien público y de su desinteresada beneficencia á favor de sus semejantes; difusa materia que les dió tiempo de llegar hasta la puerta de su casa.

La verdad del hecho era que el honrado ciudadano juzgaba que había perdido algo de su importancia, permitiendo al joven extranjero desempeñar el primer papel durante la crisis que acababa de ocurrir en el castillo de Schonwaldt; y por mucho que hubiese celebrado, en tan crítico momento, el efecto producido por la intervención de Durward, sin embargo, bien reflexionado, conocía el menoscabo que redundaría en su reputación de valiente, y esforzábase en obtener una compensación, exagerando los derechos que tenía á la gratitud de su patria en general, de sus amigos en particular, y más especialmente aún de la condesa de Croye y de su joven protector.

Pero en cuanto el esquife se hubo detenido al extremo del jardín, y con el auxilio de Peterkin pudo echar pié en la orilla, hubiérase dicho que el contacto del terreno que le pertenecía, tenía la virtud de disipar de golpe todos estos sentimientos de envidia y amor propio resentido, y de convertir al demagogo, descontento de haberse visto aventajado por otro, en amigo servicial, atento y hospitalario. Llamó gritando á Trudchen, que pareció inmediatamente, pues el temor y la inquietud desterraron casi enteramente el sueño del recinto de Lieja durante aquella noche tan fecunda en acontecimientos. Diósele la comisión de asistir muy particularmente á la hermosa extranjera, que apenas había recobrado el uso de los sentidos; y Gertrúdis, admirando los atractivos de la condesa y compadeciéndose de la aflicción en que parecía estar sumida, desempeñó el deber de la hospitalidad con el celo y cariño de una hermana.

Por más tarde que fuese, y por más fatigado que pareciera estar el síndico, harto trabajo le costó á Quintín poderse escapar de una botella de vino, tan viejo como la batalla de Azincourt; y se hubiera visto obligado á tomar su parte, muy contra su voluntad, sin la llegada del ama de la casa, á la que arrancaron de la cama las repetidas voces de Pavillón para

que le sacara las llaves de la bodega. Era una mujer gorda y chiquitina, á manera de bola, que parecía no haber sido nada fea cuando joven, pero que de algunos años á esta parte se singularizaba por su nariz larga y colorada, su voz chillona y su decisión de calzarse las bragas en su casa, en contrapeso de la autoridad que Pavillon ejercía fuera de ella.

Luégo que se enteró de la clase de contienda que se moviera entre su marido y el huésped, falló sin detenerse que Pavillón, muy lejos de tener necesidad de beber más vino, había ya bebido demasiado; y en lugar de servirse, como él deseaba, de ninguna de las llaves del gran manojo que le pendía del cinto suspendido de una cadena de plata, volvióle las espaldas sin ceremonia, y acompañó á Durward al aposento donde debía pasar la noche, tan limpio, tan bien alhajado, y provisto de cuanto podía ser necesario, útil ó agradable, que no se acordaba de haber visto otro que pudiera compararsele: tanto aventajaban los ricos flamencos en aquella época, por lo que mira al lujo, comodidades y placeres de la vida, no sólo á los pobres y toscos escoceses, sino á los franceses mismos.